

## El Dios del tiempo y la justicia

El capítulo 16 nos recuerda la pascua; la Fiesta de las Semanas, que es también llamada Shavuot, conocida en el contexto cristiano como pentecostés; y luego la fiesta de las cabañas o tiendas, que es el Sucot o fiesta de los tabernáculos. Deuteronomio 16:16-17 dice: “Tres veces al año todos tus varones se presentarán delante del Señor tu Dios, en el lugar que él escoja. Se presentarán en la fiesta solemne de los panes sin levadura, en la fiesta solemne de las semanas, y en la fiesta solemne de los tabernáculos. Y ninguno de ellos se presentará delante del Señor con las manos vacías. Cada uno presentará su ofrenda, conforme a la bendición que el Señor tu Dios le haya dado.” (RVC)

Dios es el Señor del tiempo; el tiempo le pertenece a Él, y por eso nuestra vida necesita ser vivida con responsabilidad, de modo que debemos dedicar parte de ese tiempo para una consagración y dedicación específica al propio Señor Dios. En el Israel antiguo, había tres fiestas principales: la Pascua con los panes sin levadura; la fiesta de las semanas; y la fiesta de los tabernáculos. Esas eran las principales ocasiones en las que el pueblo se presentaba ante Dios de manera especial. Dios le dio al pueblo israelí razones claras y específicas para que se presentaran ante Él, y le dedicaran tiempo. La fiesta de los tabernáculos también se conoce como fiesta de las enramadas. Dios es el Señor de todo el tiempo y el tiempo debe ser también consagrado y dedicado a Él.

No olvidemos que el Señor del tiempo también es el Señor de la justicia, Él está preocupado por la administración de ella en medio de Su pueblo. Hemos visto a lo largo de las Escrituras como Él administró esa justicia. Por eso, desde el capítulo 17 Su atención se centra en la necesidad de que se haga justicia correctamente. Este capítulo empieza con la preocupación de que todo lo que es dedicado a Dios debe ser dedicado con bastante consagración y perfección. El texto nos dice, justo al principio, que cualquier animal defectuoso o imperfecto es abominable, es detestable, es rechazable, es asqueroso para Dios. No es aceptable de ninguna manera. Y en ese mismo espíritu el texto continúa adelante exigiendo justicia, y muchas veces diciendo en la frase que se debe eliminar el mal en medio del pueblo de Dios. Así que hay una preocupación, por ejemplo, sobre el juicio que se debía hacer para que la justicia prevaleciese.

Deuteronomio 17:8-9 dice: “Cuando en tus ciudades se te presente un caso difícil de juzgar, ya sea entre dos distintas clases de homicidio, o dos distintas clases de derecho legal, o dos distintas clases de heridas, o distintos negocios o litigios, te levantarás e irás al lugar que el Señor tu Dios haya escogido, y recurrirás a los sacerdotes levitas y al juez que haya en aquellos días, y los consultarás y ellos te harán saber la justa sentencia”.

Aquí observamos que la preocupación de Dios es clara en cuanto a que la justicia se debe ejercer aun en el caso cuando las situaciones sean más complejas y difíciles. Claramente vemos que Dios no dejaba pasar nada por alto, tenía todo presente y bajo Su control todo el tiempo. Dios es sabio en todo, por eso no permitía la actitud

de rebeldía contra la propia ley. De nuevo, el texto en el versículo 12 dice que si alguien no obedecía al sacerdote: “sería condenado a muerte”. En ese mismo espíritu, los versículos 14 en adelante enfatizan la necesidad de justicia del propio rey.

El rey tenía que ser del pueblo de Dios porque debía estar en una relación de pacto con Dios. Los versículos del 16 al 19 son muy interesantes, y ellos nos hablan de limitar el poder real. “...no deberá aumentar el número de sus caballos, ni hará que ustedes como pueblo vuelvan a Egipto sólo para adquirir más caballos, porque el Señor les ha dicho que nunca más vuelvan por ese camino. Para que su corazón no se desvíe, tampoco deberá tomar para sí muchas mujeres, ni amontonará para sí oro y plata en abundancia. Una vez que haya ocupado el trono de su reino, escribirá en un libro una copia de esta ley para sí mismo, semejante al original que está al cuidado de los sacerdotes levitas, y la tendrá a la mano, y la leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor su Dios, y para que cumpla todas las palabras de esta ley y de estos estatutos, y los ponga por obra”.

En estos capítulos la preocupación era la administración de la justicia porque Dios es el Dios de la justicia. Era necesario que eso se hiciera por parte de los jueces y del rey, quien debía tener como orientación dos cosas muy importantes. En primer lugar, no estaba permitido que su posición de rey se le subiera a la cabeza y se envalentonara pasando entonces a aumentar el número de caballos, porque eso significaba ejército, poder, fuerza, confianza en sí mismo.

Tampoco debía tener muchas esposas, debido a que eso también significaba una especie de demostración de poder, de riqueza, de fuerza y de virilidad. Y definitivamente esa no es la propuesta que Dios tenía para ese rey: la confianza en el poder humano. Además, él debía tener una copia de la propia ley, dedicarse a ella y leerla todos los días de su vida para de hecho servir al Señor de manera correcta. El Dios del tiempo es el Dios de la justicia.

El pueblo necesita de una administración que produzca la justicia, y eso empieza con el propio liderazgo, todavía en ese enfoque de justicia, una justicia que no puede existir si la relación con Dios no es absolutamente correcta. El capítulo 18 se refiere a la herencia de los sacerdotes, de los levitas. Los versículos 1 y 2 nos dicen: “Los sacerdotes levitas, es decir, toda la tribu de Leví, no recibirán en Israel ningún terreno en propiedad. Sólo participarán de las ofrendas quemadas al Señor y de lo que le pertenece. No tendrán ninguna propiedad entre sus hermanos, porque su propiedad es el Señor, como ya él se lo ha dicho”.

En este texto podemos darnos cuenta de que era necesario que aquellos que estaban trabajando en el culto, en la ministración directa de lo que honraba y adoraba al Señor en el Israel antiguo, vivieran en la dependencia de Dios y se concentraran exclusivamente a los intereses del culto dedicado al Señor. Finalizando este capítulo que habla del tiempo, de la justicia y de la práctica que agrada a Dios, dos cosas llaman la atención en esta búsqueda de pureza y de justicia. Deuteronomio 18:9-13 señala: “Cuando entres a la tierra que el Señor tu Dios te da, no cometas los mismos actos repugnantes que practican esas naciones. Que no haya

en ti nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni nadie que practique la adivinación, ni sea agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni nadie que consulte a los muertos. Al Señor le repugnan todos los que hacen estas cosas, y precisamente por estos actos repugnantes, el Señor tu Dios va a expulsar de tu presencia a estas naciones. Delante del Señor tu Dios debes ser perfecto”.

El texto nos deja claro que la razón de la injusticia y los problemas en la sociedad está relacionada con la manera cómo orientamos nuestra vida religiosa y espiritual. Por lo tanto, no te olvides ni te bases nunca en las prácticas de los pueblos paganos, porque de lo contrario no tendrás ni Dios, ni recibirás bendición alguna y mucho menos una sociedad justa y fraternal.

Mientras que el desenlace del capítulo 18 nos llama la atención porque Dios allí habló acerca del futuro. Él habló respecto a otra especie de tentación, que podría ser la búsqueda de la magia, de la adivinación, de la profecía que no fuese de Dios. El deseo de poder, que es la causa de la mayor injusticia, está relacionado con el control del futuro. Las personas quieren dominar el futuro para estar libres de someterse a Dios, y por eso buscan la adivinación.

Los versículos en Deuteronomio 18:14-20 dicen: “porque las naciones de las que vas a tomar posesión prestan oído a los agoreros y a los adivinos, pero a ti el Señor tu Dios no te permite hacer eso. El Señor tu Dios hará que surja en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo. A él deberán escuchar, tal y como le pediste al Señor tu Dios el día de la asamblea en Horeb, cuando dijiste: ‘No quiero volver a oír la voz del Señor mi Dios, ni tampoco quiero volver a ver tan impresionante fuego, pues no quiero morir.’ El Señor me dijo: ‘Esto que dicen está muy bien. Voy a hacer que de entre sus hermanos surja un profeta como tú. Pondré mis palabras en sus labios, y él les comunicará todo lo que yo le ordene decir. Pero yo le pediré cuentas a todo el que no atienda las palabras que ese profeta proclame en mi nombre. Y el profeta a quien yo no le haya ordenado hablar, o que hable en nombre de otros dioses, pero pretenda hablar en mi nombre, será condenado a muerte”.

Luego el texto en los versículos 21 y 22, concluye de esta manera: “Tal vez digas en tu corazón: ‘¿Y cómo vamos a saber si esa palabra no proviene del Señor?’ Tú no tengas miedo de ese profeta, que si llega a hablar en mi nombre y sus palabras no se cumplen ni se hacen realidad, eso hará ver que yo, el Señor, no he hablado, y que tal profeta habló con arrogancia”.

Aquí hace la distinción entre el profeta falso y el verdadero y habla de lo que ocurrió con el pueblo en el pasado, y dice: fíjate, un día se levantará el gran profeta, un profeta del cual tienes necesidad. Ese profeta surgirá en el tiempo correcto porque Dios es el Señor del tiempo. Tu necesidad es de justicia, Él sí traerá esa justicia,

Él ha sido resaltado en el texto y muchos se presentaron como candidatos, pero el libro de Hechos dejará bastante claro que ese profeta es el propio Señor Jesús. Se nos dice que será semejante a Moisés y si alguien no escucha las palabras que ese profeta diga en nombre de Dios, “Él le pedirá cuentas”. Cuando ellos escucharon la



[Misión Deuteronomio – Capítulos 16 al 18]

Autor: Luiz Sayao

voz directa de Dios, Dios les enviaría aquel que traería Sus propias palabras, que es el Señor. Definitivamente, Dios es el Dios del tiempo.

La justicia plena de Dios se manifestó en Cristo cumpliendo esa profecía extraordinaria en el libro de Deuteronomio, tal como consta en el Nuevo Testamento. Que Dios nos bendiga cuando le adoramos sabiendo con certeza que Él es el Dios del tiempo y de la justicia. Y recordemos estas palabras... “Pero yo le pediré cuentas a todo el que no atienda las palabras que ese profeta proclame en mi nombre”.